

HERR WYNN QUEL RE

“Todas sus historias comienzan en Guayaquil”, dices. Y reacciono. No recuerdo quien soy, ni donde estoy. Mi cuerpo, claramente, no tiene forma. El tiempo es inexistente y existente. Una paradoja. Todo lo que dices y pienso, es un mito.

Ante la idea del comienzo, el miedo, y el fin, se te hace confuso componerme. Y saber quién soy, si es que fui, o quien seré, involucra una sensación incomprensible de placer y pavor. Eres tú el que me ve y me escucha. Pero tú mismo – igual que yo – tampoco sabe comprender la naturaleza del uno o del otro, y del entorno.

“Sientes, luego existo”. Así que pienso, lucho, forcejeo por estar; tener mi lugar y ser más allá de una sensación bidimensional. Si lo que presencio ahora es sueño o recuerdo, con sinceridad, no lo sé. Éstas, que son llamadas mis memorias, suelen escapar para conectarse a la llama, ennegrecida y cambiada, que consume las ruinas de apariencia orbicular.

“Quo Vadis?” dice la Frau Marta. “Wo gehst du hin?”

“Yellow” respondo. ¿Yellow? As, have I found the Yellow Sign? No. Esa no es la respuesta ni el tema. Me avergüenzo y perdono. Siento lástima de responder como niño, de forma automática, ignorando el antes y después. Mi vida es reacción, sin acción.

Tengo ocho años, signo Tauro. ¿Es 1984? Un gran año, al parecer. Estoy en una de las aulas del Deutsche Schule de Guayaquil. ¿Importa? Asientes y me repletas de anécdotas sin practicidad. “La gloria está en los detalles”, dices; y me obligo a aceptar que la especificación del lugar es tan importante como la circunstancia. Por lo que empiezo a reaccionar ante mi entorno. Presiento, a duras penas, que estoy en una situación jocosa a la cual no le veo relación. Para comenzar, la profesora en frente mío, Marta, es una profesora de preescolar. Alguien debió cometer un error.

Frau Marta me mira perpleja. Su rostro es dulce, tierno, una cara que debería salir en televisión. “¿A dónde vas?”, dice. Y mi mente se pone en blanco, no actúo; porque así es cómo lo dictas. En estos momentos dependo totalmente de ti.

“Allons. Il est temps de partir... Bis bald!”

Y Frau Marta me toma de la mano y me lleva hacia The Outer Space, un vasto horizonte donde no hay nadie cerca de mí. Nadie parece verme. Yo no quiero ver a nadie. ¿Acaso soy Dios? No veo sombreros ni corderos. En la multitud, el resto son sombras, pero sin la presencia de Casiopea Tortoise.

Te cuento esto a ti porque no tengo a nadie. Narro lo que sucede como si ya hubiese ocurrido. Pero estoy seguro de que esto no está sucediendo ahora, sino en el futuro. “Para mí, no hay demasiada diferencia” dijo algún sabio at the End.

No, no entiendo nada ni a nadie. Y esto me hace imaginar que soy “un punto cuya imagen producida por la función es el mismo”. Incompresible, ¿cierto? Es así como el resto me ve a mí. A lo mejor es cuestión de ángulos. No. Es tal como yo les puedo ver.

Se siente como un castigo sentirse siempre ajeno, en el espacio. Desconectado, inerte en ese instante. Bitte still stehen, es la orden que recuerdo. Quisiera reír, no puedo. El tiempo transcurre mientras yo sigo en la misma esquina. ¿Minutos, siglos, años, segundos? ¿En qué edad estoy? Sigo sin comprender a nadie y ellos tampoco a mí. ¿Cuál es el propósito de este instante? ¿Acaso tiene sentido la situación?

No respondes. Y ante tu silencio, sigo allí, dentro de cuatro esquinas de pobre descripción, con un aula cerrada a mi espalda y unas escaleras en frente que me llevan a ese vacío lleno de vida, ajeno a mí.

Cuatro puntos cardinales. Otoño, invierno, primavera, verano. Norte, Sur, Este y Oeste. El tiempo, detenido, se conjuga en constantes que transmutan en variables. Ahora recuerdo el principio de continuidad del matemático Jean-Victor Poncelet y cómo el inglés Charles Lutwidge Dodgson se burla de esta práctica, posiblemente, afectando así mi existencia. Regreso a mí. Constancia.

En esta eternidad, mi mente juega contigo. Y tú al hacerlo, cambias de parecer. Tienes una idea, porque el reflejo de mis ojos se inquieta con el fondo de un corredor. Puedo moverme y pensar con mayor claridad. A mi derecha, una pared que siempre es pared,

se incrusta una puerta de metal donde se puede leer una palabra, la cual no puedo descifrar.

Empiezo a dudar sobre la aparición de esta improbabilidad. Pienso y me desdoble, dividiendo cada ser frente a los espejos, iguales y siempre disímiles. Medito. Me repito que nunca, en ninguna singularidad, ha existido esa puerta. Calculo, siento, persisto. Treinta y ocho invocaciones para ser exacto. Siento que algo olvido, que algo falta. Y vuelvo a olvidar. Four diría Ford.

Entonces me sorprende ver que la puerta ha sido abierta. ¿Quién lo ha hecho? ¿Estuvo siempre abierta? No lo recuerdo. ¿Acaso lo he hecho yo? Mantienes el silencio.

La situación es la de siempre: encerrado en cuatro esquinas mal descritas, frente a esa puerta, abierta, una entrada que jamás está allí. Sospecho lo que hay al otro lado. Siento que ahí está mi muerte. Dudo cruzar el umbral, pero siento el llamado. ¿Son acaso sueños del pasado, instintos, o encantos? ¿Y si la puerta forma parte de la nada, por qué tú las has abierto para mí? ¿Por qué visualizo este momento como si fuese el pasado? ¿Es un recuerdo tuyo? ¿Habré cruzado la puerta antes? ¿O es mi primera vez, solo que, llanamente, en desorden cronológico?

Camino porque así lo has pedido. Atravieso y entro a la conjunción de un número indefinido, y a lo mejor infinito, de libreros hexagonales. Mi voz se vuelve mil, y poco a poco, entiendo al cosmos. Porque en cada libro, cada carátula, cada página, cada palabra, cada letra, cada signo, cada molécula, estoy yo.

“Herr Wynn... Quel Re”, escribes con firmeza. “El Señor de la Biblioteca”.

¿Cómo describir la felicidad si proviene del infinito?

Sonríes. Los universos se expanden, nacen. El tiempo empieza a transcurrir hasta llegar al fin.